



**GLORIA RUDOLF**

*Esperanza habla. Confrontando un siglo de cambio global en el Panamá rural*

**BOGOTÁ: FUNDACIÓN CIUDAD DEL SABER**

**AÑO:** 2023

**PÁGINAS:** 196

**ISBN:** 978-9962-8564-0-5

**EUGENIA RODRÍGUEZ BLANCO** / CENTRO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES, CIEPS AIP (PANAMÁ)

## Reseña

*Esperanza habla* es la obra que culmina la investigación etnográfica que la antropóloga estadounidense Gloria Rudolf ha venido desarrollando desde hace 50 años en Loma Bonita, una comunidad rural del interior de Panamá. En un contexto académico y científico en el que la antropología social y la etnografía han tenido un desarrollo reducido y localizado, destaca el trabajo de Rudolf, quien se ha constituido en una referente del estudio etnográfico de la ruralidad panameña con un trabajo longitudinal en una misma comunidad.

La obra que antecede a esta: *La gente pobre de Panamá* (2000), es la principal monografía del trabajo de Gloria Rudolf y realiza importantes aportes a la comprensión de los impactos vividos por el capitalismo global en lo local, que en este caso representan las comunidades, hogares y familias rurales panameñas. Tanto en esa primera obra como en esta, Rudolf presenta a los pobladores de Loma Bonita como víctimas de un sistema que estructuralmente los oprime y explota, sin dejar de reconocerles su papel como agentes activos de sus propias vidas e historias. *Esperanza habla* continúa ahondando en la misma preocupación o interés teórico de la autora que la ha llevado durante todo este lustro a realizar estancias de campo intensas y continuadas, con la particularidad de hacerlo en este caso utilizando la historia de vida de una mujer de la comunidad.

Por cómo lo hace y por lo que nos cuenta y revela, *Esperanza habla* supone un gran aporte a la etnografía en el país y a los estudios sobre desarrollo rural en contextos de economías capitalistas. Es también, de manera menos directa, un aporte a la historia de las mujeres en el país, porque la vida narrada y analizada en esta obra construye también esa historia, aunque no fuera este un propósito explícito de la autora. Los comentarios compartidos en esta reseña sobre la obra de Rudolf se articulan en ese doble aporte: el etnográfico y al conocimiento sobre el tema.

Entre sus aportes a la etnografía destacaría tres aspectos:

El primero es que *Esperanza habla* es un libro «para todos los públicos». Lo que en sí podría ser considerado un valor, en este caso se incrementa al tratarse de un tema que constituye uno de los estructuradores de muchos problemas sociales contemporáneos: la pobreza rural, la dependencia, la desigualdad social y de género, pero también la resiliencia, la resistencia y la agencia de las comunidades locales frente al embate del capitalismo global. Es una «obra para todos/as» porque más allá de ser un ensayo antropológico es también una obra literaria. Precisamente lo literario ensalza el valor etnográfico de la obra sin restarle rigor científico y asegura la divulgación de sus resultados y su posible impacto. Con esto la autora evidencia una de las habilidades centrales para la investigación etnográfica: su destreza para narrar historias (Restrepo, 2016). Su excelente narrativa etnográfica permite seducir a las personas lectoras en la descripción de la vida en Loma Bonita.

El segundo aspecto del primer aporte (el etnográfico) se sitúa en la presencia constante y enriquecedora de la etnógrafa en la obra. Si bien tanto el título de la obra como su propósito, según ella misma declara en un inicio, gira en torno a la vida e historia de Esperanza, la etnografiada, lo cierto es que tras Esperanza o junto a Esperanza está Gloria, la antropóloga. El título dice «Esperanza habla», pero contiene «Gloria observa, escucha y escribe». En este libro leemos a Esperanza, pero también a Gloria.

Su presencia es valiosa porque ubica al sujeto que escribe: quién es y desde dónde habla, algo que las epistemólogas feministas han destacado como un aporte importante en su revisión crítica a la ciencia y el positivismo, y el reconocimiento de las condiciones que determinan la construcción del conocimiento y al sujeto cognoscente (Haraway, 1995; Harding, 1996). El diálogo entre la etnógrafa y la etnografiada es constante, y en el transcurso de la lectura se puede reconocer la evolución de su relación, su confianza y complicidad. Es en ese diálogo entre la antropóloga y su informante que se produce el conocimiento.

La presencia de la etnógrafa es constante en todos los capítulos, pero muy especialmente en el primero: «Mi llegada a Loma Bonita», donde ella es la protagonista. Como en un diario de campo, la autora narra de manera honesta e hilarante su inserción al lugar de estudio, desvelando sus torpezas, vergüenzas, miedos e inseguridades; un relato que recuerda a Nigel Barley en su obra *El antropólogo inocente* (1989), evitando embellecer o romantizar el trabajo de campo:

Un grupito de hombres con sombreros de paja está afuera de la tienda y cada uno de ellos me está mirando fijamente. Me siento incómodamente conspicua en mi piel blanca, cabellera rubia, jeans y camiseta sin mangas y hago un esfuerzo para sonreír y saludar. «Buenos días», grito totalmente apenada de escuchar mi acento gringo resonar por toda la tranquila calle (...) (p.2).

El poderoso sol panameño ya está que arde, y estoy sudando profusamente bajo mis pesados jeans. Y cuando hay sudor en Panamá, los mosquitos zumban. Van directo hacia mis brazos, cuello y tobillos descubiertos (p.7).

El tercer aspecto del primer aporte de su obra que quisiera destacar es posicionar el valor de la etnografía como método y como producto (Guber, 2011; Restrepo, 2016). La metodología etnográfica se concreta en la aproximación que la autora hace al tema a través su observación en los lugares donde ocurre y escuchando los testimonios de la gente. Pero también al abordar un tema macro o grande como es el impacto de la economía capitalista y globalizada en las comunidades rurales, a través de un estudio profundo de lo micro; una comunidad rural en Panamá, y aún más micro: la historia de vida de una mujer en esa comunidad. Como decía Geertz de la metodología etnográfica: «pequeños hechos hablan de grandes cuestiones» (1996, p.35).

En el aporte metodológico de la obra también se sitúa el uso de la técnica de la historia de vida en la investigación etnográfica. Rudolf hace el mejor uso de esta técnica construyendo con su informante su trayectoria vital a través de la observación y la conversación formal e informal durante un lustro, algo que solo puede hacerse en un trabajo de campo extenso o un estudio longitudinal. La obra tiene el valor de mostrar el potencial de esta técnica etnográfica; porque permite vincular hechos y experiencias de la vida o historia de una mujer rural con dinámicas y procesos históricos nacionales y globales que la autora revela en cada capítulo en unos recuadros a los que denomina: «perspectiva más amplia».

Los resultados obtenidos muestran la importancia de la etnografía como método; pero también como producto: el libro. A pesar de su valor literario, ya apuntado, *Esperanza habla* es, sobre todo, un texto etnográfico.

fico. Lo es porque recoge una descripción de diversos aspectos verídicos de la vida de las gentes de Loma Bonita, basados en una investigación antropológica rigurosa. En este sentido se trata de una obra etnográfica paradigmática para el país, algo importante en un momento en el que se habla de etnografía para referirse a uso de técnicas de investigación cualitativas de una manera bastante indiscriminada por parte de varias disciplinas de las ciencias sociales.

El otro aporte que puede ser destacado en su obra refiere a *lo que nos cuenta*; su contribución al conocimiento sobre el tema. El libro se centra en los cambios vividos en una comunidad rural en cien años por el impacto de la economía global capitalista; pasando de una agricultura de subsistencia, a una agricultura comercial (nacional e internacional) y finalmente, en un periodo más contemporáneo, al turismo residencial. Un impacto centrado en la vida de la gente, a través de los testimonios de la propia gente, y en particular de Esperanza y su familia. Pero más allá de eso, la obra nos habla de los cambios en las relaciones de género y la vida de las mujeres en el marco de todas esas transformaciones globales con impacto local; y en particular de la migración femenina a lugares urbanos como estrategia de supervivencia, apuntando los costos de esa migración para ellas, sus familias y la comunidad.

Sus resultados revelan dos cosas importantes para el relato y el conocimiento sobre el tema en el país. Primero, que la población rural no solo es víctima, sino también agente y protagonista de su historia. Para la autora son tan importantes las condiciones impuestas como las respuestas que ellos y ellas dan en un marco reducido de oportunidades. Y, segundo, el relato contrahegemónico del desarrollo capitalista que nos habla del deterioro del bienestar; un bienestar medido a través de indicadores no tan comunes, tales como: la situación de los cuidados, la disposición de tiempo libre o la autonomía.

Otro aspecto que quisiera destacar de *lo que nos cuenta* es «el género en la obra». La mayor parte de las etnografías clásicas contienen un sesgo androcéntrico, ubicando a los hombres como sujetos protagonistas o informantes principales. Este sesgo se ha basado en la idea bastante generalizada y aun no del todo superada, de que los mejores informantes de las sociedades son los hombres, porque son quienes se encuentran en mayor contacto con los asuntos considerados importantes en la sociedad: la política o la economía (Moore, 2009). Rudolf, sin embargo, apuesta por observar y escuchar a una mujer; una mujer corriente de su comunidad, que no ocupa una posición de liderazgo o poder. Lo hace porque establece una relación estrecha y de confianza con ella, pero también porque observa que la vida de Esperanza contiene elementos sociales que

explican lo que la autora desea conocer y dar a conocer. Surge la cuestión de cómo habría sido el libro si la historia de Loma Bonita la hubiera contado Andrés (el marido de Esperanza) y no ella misma. Es muy probable que lo estructural y profundo hubiera sido semejante, pero también que algunas realidades vividas por las mujeres no se hubieran revelado. Entre ellas podríamos reconocer temas como la migración femenina, la violencia de género y sexual o las tareas domésticas y de cuidados, que aparecen en la historia de vida de la protagonista. En cualquier caso, Esperanza no fue seleccionada como informante para hablar de las mujeres de la comunidad, o del impacto del capitalismo global en las mujeres rurales en particular, sino para hablar de la comunidad desde la perspectiva de la experiencia y condiciones de vida de una de sus vecinas.

A la autora le interesan las desigualdades socioeconómicas y territoriales, que se ubican en un lugar central en su descripción e interpretación, y en menor medida las de género. Hace referencia a estas cuando nos habla del cultivo del café y la distribución desigual de tierras o de la migración femenina urbana como estrategia de supervivencia de la comunidad; sin embargo, estas realidades de las mujeres no son tan problematizadas en el texto como las condiciones de desigualdad por razones territoriales o socioeconómicas. En particular, se visibilizan las situaciones que enfrentan las mujeres con relación a las tareas de cuidados, pero sin acompañarlas de un análisis teórico desde la perspectiva de género. La riqueza de la información etnográfica que aporta la autora en la obra, sin embargo, como ya se ha mencionado, permite ahondar en el conocimiento de muchos asuntos relevantes para el análisis de género.

Por todo ello, en resumen, el libro de Gloria Ruldolf supone una gran contribución a la etnografía en Panamá (como método y producto) pero también al conocimiento y la comprensión general sobre las desigualdades que genera el modelo económico dominante sobre la vida de la gente rural en Panamá. Es un excelente ejemplo de lo que puede aportar la etnografía y en particular la técnica de la historia de vida al estudio y la comprensión del impacto del capitalismo en las comunidades rurales.

## Referencias

- Barley, N. (1989). *El antropólogo inocente: Notas desde una choza de barro*. Anagrama.
- Geertz, C. (1996). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guber, R. (2011). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

- Harding, S. (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.
- Moore, H.L. (2009). *Antropología y feminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra. Universitat de Valencia. Instituto de la Mujer.
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía. Alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Envió Editores. Departamento de Estudios Culturales, Pontificia Universidad Javeriana.
- Rudolf, G. (2000). *La gente pobre de Panamá: víctimas, agentes y hacedores de la historia*. Editorial Universitaria, Universidad de Panamá.